

CAPITULO XXIX.

VINDICACION DEL PUEBLO DE MADRID.

A pesar de los ridículos alardes de victoria con que se envalentonaba el gobierno, todo el mundo sabia que estaba muy lejos de haberla alcanzado sobre las tropas pronunciadas.

Esto supuesto, parece lógico que el triunfo correspondia á los sublevados; mas tampoco le alcanzaron.

No hay mas diferencia entre los dos bandos beligerantes que la siguiente:

Los gefes de las tropas que defendian al gobierno de la inmoralidad y de los escándalos, parecian sedientos de sangre española, y se lanzaron á la lucha no solo con ánimo de verter en ella la de sus compatriotas y llevar á los valientes soldados á que se cebasen en la matanza de sus camaradas, de sus hermanos, que habian nacido en el mismo suelo, que hablaban igual idioma, que vestian idéntico uniforme, que habian descansado bajo un solo techo, que habian comido juntos el rancho, sino que ansiaban un

completo triunfo para solemnizarlo con prisiones, patibulos y fusilamientos.

Los caudillos de las fuerzas sublevadas observaron otra conducta que les honra mucho; pues al ver que aun permanecian obcecados los cuerpos que guarnecian la córte, y que el pueblo de Madrid no tomaba parte en la insurreccion, prefirieron una retirada prudente, á una lucha entre españoles, en que la sangre de los valientes hubiera corrido á raudales.

Sobrada fué la que se vertió en aquellas llanuras.

En tanto que los pronunciados cantaban victoria en Vicálvaro, disponiéndose á una honrosa retirada, los héroes que habian entrado de tropel en Madrid, acosados por el miedo, entonaban tambien himnos de triunfo, y mandaron á todos los vecinos de la coronada villa, iluminar sus casas en celebridad de tan fausto acontecimiento.

Mas ¡ay! que mientras unos y otros se atribuian laureles que nadie alcanzó, mientras las marciales músicas aparentaban solemnizar el soñado triunfo, cien valientes gemian en los hospitales de Madrid, heridos por sus camaradas, y otros cien quedaron encharcados en su propia sangre, y en el mismo campo de batalla, donde algunos moribundos, á la pálida luz de la creciente luna, fueron recogidos por los agentes de la municipalidad de Vicálvaro, recibiendo otros los últimos auxilios de la religion, á la inclemencia de aquel ensangrentado suelo, completamente separados de todos los objetos de sus mas dulces afecciones.

¡Cuánta sangre inocente ha de caer gota á gota sobre la cabeza de los verdugos de la humanidad!

Amargo fué el desengaño que recibió O'Donnell á la sazón, desengaño del cual surgió en breve el programa dado posterior-



(18)

(Ayguales de Izeo hermanos, editores.)

mente á luz en Manzanares, y mas que desengaño, elocuente lección que por desgracia olvidó posteriormente en el poder.

¡El pueblo de Madrid permaneció tranquilo!

¿Seria acaso signo de envilecimiento y cobardía aquella actitud espectante del vecindario de la metrópoli?

¡Oh! sellad los lábios los que tal sospecha pudisteis concebir de los denodados madrileños.

No ultrajéis á un pueblo generoso y valiente que en mas difíciles ocasiones se ha lanzado á la liza contra tiranos mas temibles que los aventureros ministros, miseros lacayos de una criminal duquesa.

Volved la vista á ese obelisco que cimentado junto á los régios vergeles del Buen Retiro, semeja elevarse al cielo como para unir las almas con las cenizas de los héroes de Madrid, y conoceréis que el pueblo que no tembló ante las aguerridas huestes del GRAN VERDUGO, mal podia dejarse amilanar por las amenazas de los pigmeos siervos de una codiciosa hembra napolitana.

¿Pero es posible, direis sin duda, que un pueblo tan celoso y amante de su libertad, gimiera en vergonzosa y apática abyección, cuando pocas veces podria presentársele coyuntura mas propicia para romper sus cadenas?

¿Pero es posible, añadiréis, que mirase con indiferencia los justos, grandes y fundados motivos que le impelían á rebelarse contra los opresores que por espacio de once años le aherrojaban?

¡Oh! no cabe la menor duda que el valiente pueblo de Madrid ansiaba el momento de hacer espíar á sus tiranos los inauditos crímenes con que de continuo le insultaban.

Y no solo el denodado vecindario de Madrid, sino todo el pueblo español se aprestaba á la lucha, ó mas bien al severo castigo

de los conculcadores de su incuestionable soberanía; pero la insurrección de O'Donnell, en vez de dar impulso al levantamiento popular, que á guisa de terrible borrasca se anunciaba por el sordo rumor de general indignación, contenía la esplosión tremenda, aguardando ver la bandera que tremolaban los guerreros que se apropiaron el glorioso nombre de EJÉRCITO LIBERTADOR.

¡Se abusa con tanta frecuencia de la credulidad del pueblo!

¡Se le ha engañado tantas veces!

Y si hemos de pronunciar la verdad en alta voz como tenemos de costumbre; ¿qué garantías de mejoramiento ofrecía á la nación una sublevación militar que no habia soltado mas prenda que la de su odio á la inmoralidad del gabinete que á la sazón oprimía al país?

¿Qué podia esperarse de los generales insurrectos, cuando todos ellos pertenecían al partido moderado?

Un cambio de ministerio y nada mas.

Tal vez un mero cambio de concusionarios, porque el dogma de la religión política de los moderados, es fecundo semillero de arbitrariedades, y de los que á tal dogma avasallan sus creencias, no puede nunca esperarse la prosperidad de un pueblo.

¡Y queríais que el pueblo secundase aquella rebelión!

¿Qué obcecados estais á pesar de esa decantada supremacía de vuestra capacidad!

¿Podía el pueblo contentarse con la caída del ministerio polaco?

El pueblo no se contentaba con semejante caída; lo que el pueblo quería era librarse de las garras de los moderados. Lo que el pueblo quería era el esterminio de esos ladrones condecorados que alternaban en las sillas ministeriales para dejugar el tesoro público.

Lo que el pueblo queria no era la caida de un gabinete, sino de la situacion; no era una variacion de personas, sino de principios. Lo que el pueblo queria era el ejemplar castigo de cuantos ministros habian conculcado las leyes, de cuantos palaciegos habian ejercido el hurto para satisfacer sus lúbricas aspiraciones y mecerse en el perfumado columpio de goces materiales.

Lo que el pueblo queria era que, toda vez que se aplica la degradante pena capital á los pobres que delinquen, hubiera tambien cadalsos para los cortesanos que han convertido en cuevas de bandidos hasta los palacios ducales.

En una palabra, el pueblo queria un cambio radical de hombres y de cosas, que asegurase todas sus libertades, que entronizara su soberanía, que afianzara para siempre la igualdad ante la ley, que le proporcionara un gobierno protector y sobre todo BARATO; esto es lo que principalmente queria el pueblo, y nada de esto esperaba de una rebelion que no habia aun desarrollado su bandera.

Y si la elocuente leccion que recibió O'Donnell el dia de la fratricida lucha en los campos de Vicálvaro, no le hubiera impedido á ostentar en su estandarte la palabra PROGRESO ¿qué hubiera sido de su division ya en retirada?

Ya no podeis negarlo, vosotros, los generales que proclamásteis el programa de Manzanares, vuestro grito fué el lema del PROGRESO, y por eso halló eco en todas partes, y el pueblo en masa se alzó y obtuvo el hermoso triunfo que debió de haber asegurado su prosperidad, y sin embargo ha sido efimero é infructuoso por haberse interpretado viciosamente *la voluntad nacional*, y haber sido ingratos á la revolucion los hombres que á ella debieron su advenimiento al poder.

¿Qué se ofreció á la nacion en el programa de Manzanares?

Mas adelante y en el lugar que le corresponda le daremos á conocer íntegro á nuestros lectores; pero entretanto cumple á nuestro propósito consignar aquí sus principales dogmas, para atestiguar que son precisamente los dogmas del partido progresista.

En él se fulminaron anatemas contra las camarillas que amenazan la dignidad del trono, y esta espulsion de influencias bastardas es un paso de progreso que se ha quedado en promesa.

Que las leyes fundamentales del pais se observen con todo rigor es tambien el anhelo de los verdaderos progresistas, mientras los moderados se han gozado siempre en conculcarlas, con sus estados de sitio, sus prisiones, sus deportaciones, sus tiránicas dictaduras y criminales *golpes de Estado*.

Que la ley electoral y de imprenta sean mejoradas en sentido liberal...

Si con esta exigencia no se declaraba O'Donnell y cuantos aclamaron el programa de Manzanares *progresistas puros*, digalo la conducta de los moderados que han restringido cuanto les ha sido posible el derecho de los electores, y jamás han sabido gobernar sin ahogar la voz de los periódicos.

Pero la prueba mas convincente de que los hombres del programa en cuestion renegaron de sus doctrinas para afiliarse bajo las banderas del progreso, fué el llamamiento á la Milicia nacional que los moderados han mirado siempre con iracunda ojeriza después de haberla disuelto de una manera tan criminal como cobarde.

¿Cabe pues la menor duda de que los generales de la insurreccion de junio, ya próxima á un naufragio, no hallaron mas ánora de salvacion que el apoyo de los hombres del progreso?

¿Cabe la menor duda, que solo después del programa de Man-

zanares halló eco en toda España aquella insurrección militar?

¿Y no significa esto nada?

Esto significa de una manera clara, terminante, que la nación entera aguarda su dicha de una marcha franca y leal por la senda que el dedo de la Providencia señala al hombre, como la única destinada á conducirlo á ese grado de cultura y perfeccionamiento que hermanará la gloria y la libertad con la imperturbable paz y eterna ventura de los pueblos.

¿Y cuál es esta senda?

La del progreso indefinido.

Dedúcese pues de cuanto llevamos dicho, que en el programa de Manzanares leyó todo el pueblo español EL CREDO DEL PARTIDO PROGRESISTA, y no pudo sospechar entonces que sus autores rezáran en lo sucesivo un *acto de contrición*.

No pudo sospechar que semejante alarde y ostentación de principios á todas luces liberales, se proclamasen meramente como un ardid para granjearse protectoras simpatías.

Creyó en lo que se le prometía solemnemente, y se lanzó á la lucha.

Vacilaba con fundamento.

¿Recibirá un nuevo desengaño?

¿Ha visto tantas veces defraudadas sus esperanzas!

Estas y no otras eran las causas de que el heroico pueblo de Madrid permaneciera inactivo durante la lucha en los campos de Vicálvaro, si bien agitado en parte y ansiando el triunfo de los insurrectos.

El arrojo de un solo valiente que hubiera dado el grito de libertad en Madrid, hubiera bastado para derribar el poder.

Y no se dió este grito porque las manifestaciones de los suble-

vados no fueron explícitas en los primeros momentos de su insurrección; porque aun cuando en ellas se vituperaba el criminal comportamiento del gabinete polaco, el pueblo no se contentaba con el cambio del ministerio, ni los nombres de O'Donnell, Ros de Olano, Messina y Dulce le alentaron á tomar parte en una lucha en cuyas fuerzas beligerantes veía solo caudillos que todos pertenecían á la desacreditada escuela del moderantismo.

Y no solo cuantos presenciámos desde Madrid aquellos sucesos opinamos de igual manera, sino entre los mismos que se unieron á las filas de los pronunciados no han faltado historiadores que han escrito en el sentido que nosotros.

El aventajado jóven don Cristino Martos, en la narración de aquellos sucesos ha dicho:

«La situación no podía ser mas á propósito, y pocas veces hubo motivos mas grandes y fundados para un levantamiento popular: por espacio de muchos años, y singularmente desde el ministerio presidido por Bravo Murillo, se habian venido sucediendo en el mando hombres funestos ó insignificantes todos en su sentido político, despreciables la mayor parte en su sentido moral, que divorciados completamente de todos los verdaderos partidos á quienes habia ido cerrando las puertas de la tribuna y de la prensa, eran una amenaza constante para las instituciones, como representantes de la política del *golpe de Estado* y un insulto vivo á la moralidad, como encarnación del sistema de los empréstitos, de las concesiones y de los ágios.

Sin apoyo en el país, combatidos por los partidos que de muy antiguo eran sus enemigos naturales, despreciados por el partido conservador, que los rechazaba de su seno como á hijos prostituidos y malditos, sin otro sosten que el favor que sus malos medios

y el ayuda de la eterna causadora de nuestros males les habia alcanzado en palacio, y en medio de todo esto, sin haber intentado ni una reforma saludable en el órden económico y administrativo, sino antes bien irritando cada dia con nuevas cargas al pueblo, de cuyo abrumado bajo el peso de los antiguos impuestos, natural cosa parecia que una vez que se hubiesen levantado los pendones de la insurreccion, se agitasen enardecidos los gérmenes ocultos del universal descontento, y estallasen en toda su violencia al amparo de la primera ocasion favorable.

Y que la presente lo era, no hay motivo para ponerlo en duda: la division libertadora á dos leguas de las puertas, las tropas de la guarnicion harto ocupadas en hacer frente á los pronunciados, para pensar en la defensa de la ciudad que quedaba así á merced del pueblo, todas las circunstancias, en fin, incitaban á un movimiento enérgico y poderoso.

Y sin embargo no hubo este movimiento, y la poblacion, que simpatizaba con los sublevados y deseaba su triunfo, se mantuvo en su actitud silenciosa aunque agitada, cuando es lo cierto que cien hombres resueltos que se hubiesen arrojado á las calles habrian podido hacerse dueños de Madrid y aun por ventura resolver la cuestion en los primeros momentos: los motivos de que tal cosa no aconteciese son lógicos y bien conocidos de todo el mundo.

El manifiesto y alocuciones que se repartieron á la salida de las tropas no eran bastante explícitos, pues si bien en ellos se censuraba enérgicamente la situacion y se condenaba la conducta de los ministros, no se fijaba del todo una nueva marcha de gobierno, ni se hacian tales promesas y tan explícitas, que satisficiesen las exigencias de la opinion y la alentasen á tomar parte en aquella lucha tan ardorosamente comenzada.

Públicamente se decia, aun por aquellos que mas inclinados se mostraban en favor del general O'Donnell, que no tenia aquel movimiento las apariencias de una revolucion política, sino los aires de una insurreccion militar, con tendencias á producir una ligera reforma: muchos, juzgando mas mezquinamente, llegaban hasta decir que los generales al salir al campo lo habian hecho inducidos de sus intereses privados y de sus ódios personales, y con el objeto, no de ocasionar una mudanza en las cosas de la gobernación del Estado, sino de llevar un cambio de personas á las sillas ministeriales.

Estas voces, rumores y comentarios, que de buena fé iniciaban muchos, y otros maliciosamente esparcian por todas partes, se infiltraron de modo en el ánimo de las masas, que en la duda del fin á que se enderezaba aquel alzamiento, no queria el pueblo tomar cartas en un juego en que de cierto aventuraba mucho, sin tener seguridad de ganar nada.

El estaba necesitado de una administracion decente y moralizadora y de muchas mejoras materiales, y algo de eso se le ofrecia; pero engañábanse grandemente los que imaginaban que solo llevado de estos impulsos habia de levantarse, y que no era menester recordarle ideas de libertad y de igualdad políticas, que sin duda por viejas y desusadas debia tener en olvido: solo á virtud de la idea política se hacen los movimientos grandes y generosos, y desdichado del pueblo á quien no levanta sino el grito de interés, y permanece tranquilo ante la voz de la razon y del derecho!

Porque bien puede decirse entonces que ha muerto para todas las nobles aspiraciones y todos los pensamientos levantados que engrandecen el alma humana! ¡Bien se puede llorar por él, porque ya no vive con la vida del sentimiento y de la idea, porque ha sa-

crificado la dignidad en los altares del egoísmo, porque se ha marcado á sí mismo con el sello de la degradacion, y ha manchado en el fango de los deleites la frente que debía levantarse al cielo purísimo de la inteligencia, y ha querido dormir en paz el sueño tranquilo del envilecimiento, mejor que fatigarse en seguir la senda por donde progresa la humanidad, arrastrada por la ley inexorable de su destino!

Por dicha suya, aun no se hallaba sujeto el pueblo español á tales y tan miserables condiciones; aun no habia perdido la idea de su razon de ser, y conservaba casi vivas las emociones de su conciencia: muchos y muy grandes esfuerzos habian hecho para matar en él los gérmenes de la actividad y los elementos de la vida, esos altos políticos que se decoran con el nombre de moderados; pero no habian llegado á alcanzar un éxito completo, porque no fueron poderosas sus malas artes á apagar la llama de la fé que alienta el corazon de las sociedades, ni la luz divina de la esperanza que en las noches de lobreguez y de tristeza divisan los pueblos oprimidos como la aurora del dia de su libertad y su ventura!

Y por esto fué por lo que le parecieron pocas las promesas que se le hacian, y por lo que dió fácil crédito á los que atribuian mezquinas intenciones á los gefes del alzamiento de junio: estos, por mas que en los últimos meses hubiesen hecho una oposicion esforzada y constante á la política reaccionaria, eran hombres todos que habian militado siempre en las filas del partido conservador y que no podian ganarse por un acto atrevido de iniciativa, la confianza del partido liberal, ni hacer olvidar, con los hechos laudables de un momento, sus antecedentes de muchos años.

El pueblo habia sufrido tanto, que tenia un derecho innegable á ser desconfiado: si en vez de ser O'Donnell, Ros de Olano y Mes-

sina (porque Dulce no tenia gran significacion política) los que levantaron la bandera de la insurreccion, hubiera sido el duque de la Victoria, habrian estado demás los programas, porque eran bastantes el prestigio y la confianza de su nombre; pero ya que en aquellos no concurría tal circunstancia, estaban en el caso de decir explícita y públicamente su pensamiento, sin que bastase que privadamente se lo manifestasen á algunos, y menos con la fórmula vaga de que se llegaria tan lejos como fuera preciso, porque si esta explicacion podia satisfacer á quien la oyese, ni se le dió en un manifiesto al pais, ni creemos que este se hubiera contentado tampoco.

Como quiera, aquel silencio sobre los puntos mas importantes del derecho político, la falsa noticia que se tuvo de que ni aun se admitian paisanos en las filas de la division libertadora, la natural desconfianza del partido avanzado hácia hombres á quienes no podian acostumbrarse tan pronto á considerar como amigos, el deseo de no moverse sino para derrocar todo el sistema de los once años, y la conviccion de que en los momentos aquellos solo se pretendia dar en tierra con la fraccion mas reaccionaria del partido moderado, dieron á aquel suceso el aspecto de una lucha entre diferentes fracciones del partido conservador, en la que nada tenia que ver el pueblo, puesto que no habia de ventilarse en ella ninguno de sus mas altos intereses.

La actitud del pueblo está, pues, justificada: si O'Donnell hubiera dado en Alcalá la proclama que publicó en Manzanares, se habria arrojado en Madrid el 30 de junio el grito formidable que resonó en la noche del 17 de julio.»

Y no solo queda justificada la actitud del pueblo de Madrid en aquel dia por la reserva que en los primeros momentos de la insurreccion guardaron sus caudillos; sino que la conducta que estos